



Nueva York, la ciudad infinita

POR DORA DURÁN*



FOTOS NY, DORA DURAN, 2004

Me acerco a la ciudad por el aire y observo esa infinidad que parece no terminar nunca. Una infinidad que se extiende en esa retícula colonizadora hasta el punto de desdibujar y perder sus propios límites, y se alza en una explosión de volúmenes en constante lucha con el techo del mundo.

Considerada centro del planeta por muchos motivos y en muchos aspectos, Nueva York se me dibuja con edificios que, cuales catedrales de acero o pirámides de hormigón, se alzan para acercarse y dialogar con las alturas, en ese intento irrefrenable de la humanidad por llegar a poseer lo divino.

Los edificios parecen escalar en el aire y crecer sin que me dé cuenta; se me descomponen en una orgía de alturas, volúmenes y superficies bañadas en la lechosa luz del invierno, que me sumergen en el caleidoscopio urbano que crea y encierra el caos, un caos entendido como cúmulo, dislocación y superposición de movimiento y actividad, un caos del que es fiel el que aquí habita, y que sorprende al que está de paso.

Se me presenta una ciudad plural y anónima. Es tal su escala que me siento nadie... y eso me hace más libre, menos observada dentro de este caótico sistema, que a sorpresa de todos funciona, que constituye el verdadero corazón de esta ciudad, y su característica arquitectura, su perfecto escenario. Escenario formado por edificios que no solamente constituyen una gran escenografía, sino que son contenedores de la cantidad de cosas que aquí se generan. Uno aprende a ser humilde sin caer en el conformismo, sin dejar que la rueda de la vorágine se pare. No hay descanso, no hay pausa. Hasta tal punto va todo esto tan deprisa que la noción de tiempo es casi nula, y llego a confundir día y noche: la misma cantidad de gente a todas horas, un continuo ir y venir, sin descanso, sin pausa.

Infinidad de visitas al Metropolitan Museum que me permiten perderme entre Mondriaan y Paul Klee, entre Velázquez y Leonardo da Vinci. Rodajes en estas calles fieles a las cámaras hacen imposible que no me sienta como Diane Keaton en alguna película de Woody Allen, o como Sara Jessica Parker en algún descarado capítulo de *Sex and The City*. Disfrutar con la ópera de *La Bohème* o perderme por las calles del Soho, por las galerías de Chelsea. Ocupar mis noches en las fiestas de uno de los mejores dj's de la ciudad que tienen lugar en los sitios más insospechados de estas calles. Perderme en más museos. En el MoMA, que me enseñó a distinguir entre Picasso y Matisse; o el Guggenheim, donde me disgustó la exposición de Matthew Barney y me deleitaron las obras del joven Pierre Huyghe. Tardes en cafés de Little Italy y shows en el mítico Studio 54. Tener el lujo de vivir en el Village y poder pasar los domingos en Central Park, después de asistir a una misa gospel en Harlem y antes de ir a un concierto de jazz en el conocido Blue Note Club.

Verme sometida, al igual que los más de 18 millones de personas y más de 121 idiomas que habitan y hablan en la ciudad, al avasallamiento de información que este caos genera no me perturba lo más mínimo, y consigue engancharme. A pesar del abofeteador frío, del asfixiante calor a pesar de algunas de sus políticas, de la cantidad de ruido que hay, de lo sucias que están las calles, de la imposición de la propia ciudad y de muchas otras cosas, vale la pena perderse por estas calles y mezclarse entre su gente, dejar que todo esto te engulla para que, de repente, tengas la visión de una urbe apaciguada y melancólica, que se te ofrece agradecida y tranquila, y entonces llegues a entender lo que supone y significa la ciudad de Nueva York.

*Estudiante del tercer curso de la ETSAB